

En el día ya no paga el indio el *tributo*; pero suele ser víctima de *las alcabalas*. El desgraciado indígena, cargado como una bestia, se presenta á las puertas de nuestras ciudades, jadeando de fatiga, llevando quesos, pollos, utensilios de barro y otros artículos del humilde comercio á que se dedica. Los guardas de las garitas y los empleados de las garitas y los empleados de las aduanas, que fácilmente se avienen con el rico contrabandista, desplagan todo el rigor fiscal con el pobre indio: entonces se aviva en aquellos honrados guardianes del erario público el sentimiento patriótico, y es frecuente ver despojar á los pobres indios de cuanto traen á cuestas, ó quitarle sus frazadas, sus asnos ó lo que tienen de más precio.

Tampoco sufren ya los indios el rigor de sus antiguas leyes penales; pero nuestro código criminal es tan defectuoso y los procedimientos judiciales tan lentos, que el desgraciado que cae en la cárcel puede estar seguro de no gozar de su libertad en muchísimo tiempo, y de sufrir los mayores trabajos y vejaciones hasta conseguir la sentencia, muchas veces para que se declare que el acusado es inocente: entonces se le deja libre; pero ¿qué satisfacción conceden las leyes al honor ofendido, qué indemnización al hombre perjudicado por un error de policía?¹

En sus fiestas domésticas acostumbran todavía los naturales los mismos bailes pausados, la misma música desagradable que en la antigüedad, el mismo canto monótono y cansado. Pasan tres y cuatro días en sus fiestas de boda y del nacimiento de sus hijos, bailando el jarabe² al son de la tambora, de la chirimía y de algún violín destemplado. En la antigüedad hemos visto que recibían á sus hijos al nacer con acentos de tristeza; pues hoy los acompañan al sepulcro con muestras de alegría, tirando cohetes, repicando y con acompañamiento de música. Los indios son consecuentes en sus sentimientos: es preciso recibir al hombre llorando, despedirle riendo; y á la verdad, nadie mejor que los

¹ Bentham, Lacretelle y otros publicistas distinguidos, han indicado ya la necesidad de indemnizar al acusado que resulta inocente.

² Así se llama un baile que se usa en el país.

indios tienen razón en proceder de esa manera, pues para ninguno como para ellos ha sido la vida un valle de lágrimas.

Concluiremos este párrafo copiando una carta que si no está escrita por los indios, al menos por un representante suyo: esa carta cuyo original poseemos, pinta mejor que ninguna otra cosa su situación actual.—«Los vecinos de . . . tenemos el honor de presentarnos ante vd., pidiéndole y suplicándole, en nombre de la humanidad, que se digne por quien es, relevarnos del pago de la renta que el señor administrador de la hacienda nos ha impuesto.—Señor: notoria es la pobreza y abyección en que vivimos; notoria es también nuestra debilidad, y el estado tan miserable que tenemos. Bien comprenderá vd., señor, así como todo el mundo, que la ruindad de nuestros alimentos, la desnudez que soportamos, las fatigas que tenemos para medio muy mal alimentarnos, son unas de las principales causas porque nuestro cuerpo es tan flaco y raquítico, nuestra alma tan pobre de ideas y tan ruin que nos constituye y nos relega á la más despreciable y degenerada raza de simples vivientes.—No podemos educar ni enseñar cosa alguna á nuestros hijos, porque tenemos necesidad de aprovechar sus débiles trabajos para mantenernos: no podemos criarlos robustos y sanos, porque su trabajo es muy inestimado así como el nuestro, y de aquí resulta que las enfermedades se poseen de nosotros, de manera que nos quitan en cada año; que no somos útiles por nuestra constitución física para resistir no diremos á un extranjero, pero ni á los señores *de razón*, y de aquí resulta en fin, que nuestra alma está tan inculta y tan abandonada, que casi no es alma racional, y nos abandonamos al estado más lastimoso, bien á nuestro pesar.—Désenos alimentos sobrados; proporciónenosenos abrigo, sáquesenos de este miserable estado, y seremos fuertes, seremos educados, seremos útiles á nosotros mismos y á nuestro suelo. Pero, querer que el hombre se mantenga fuerte, robusto y contento, con un solo real que gana en el tajo cuando hay trabajo; querer que este hombre no tenga un pedazo de tierra para trabajar y sostener á su familia; querer que este hombre no tenga un pedazo de tierra para mantener animales que le den el vestido, es querer nuestra ruina, nuestro exterminio completo. Y lo

mismo da, señor, hacernos una formal prohibición, que negarnos los recursos con que pudiéramos contar para tan humanos fines.—Nosotros, señor, que habitamos las frías montañas, que palpamos lo negado y estéril de sus terrenos; que vemos que nuestro trabajo no nos da ni para mantenernos, tenemos necesidad de triplicarlo, pero para conseguir un fin tan loable, es necesario que este ímprobo trabajo no nos sea estéril. Y tal lo sería si pagásemos como hasta aquí una renta que sólo para ella no alcanzan los frutos de esas tierras.—Señor, las tierras que cultivamos situadas en lo más árido del monte, cuya posición topográfica y natural es tan mala, que en dos años consecutivos que se cultivan nada dan en el tercero, puesto que estando todas tan colgadas y siendo de un barro polvillo delgado, en el acto se acaban, y mucho más no teniendo abono que echarles ni aun esperanzas de hacerlo, puesto que no podemos mantener ni criar animales. Así es que las miserables cosechas de cebada que suelen darse, apenas nos bastan para comerla revuelta con el maíz que compramos en las haciendas, que como en la de vd., trabajamos. Siendo esto así, es del todo imposible que seamos propiamente hombres, que tengamos dignidad, que seamos fuertes y útiles, y en fin que salgamos de esa vida tan miserable y abyecta que nos aburre y despecha.—Vd., señor, puede remediarnos; vd. que teniendo tanto buen terreno, tanto esquileo, y sobre todo, tanto dinero, no debe reparar en una tan miserable suma que importa el arrendamiento que con cruentos sacrificios le pagamos por unas tierras que en otro respeto vd. mismo sería el primero que las abandonara por su ruindad, por su posición, por su lejanía, y porque nunca le costearía á vd. cuidarlas.—Duélase vd., pues, de nuestras desgraciadas familias; compadezca vd. nuestra clase tan abyecta y tan infeliz, vea vd. que nos consume el alma ver á nuestros pequeñitos hijos trabajando tan rudamente, para conseguir un pedazo duro de pan; que no podemos ver con indiferencia á nuestras caras esposas trabajar tan tenazmente para cuidar de nuestro sustento y partir en el resto del día con nosotros su trabajo en el tajo ó el monte para tener una asquerosa hilacha para cubrirse las partes más delicadas y secretas de su cuerpo. Compadézcase vd., pues, de un pueblo tan desgraciado, y concédale vd. la vida dán-

dole permiso para trabajar sin pagar la renta tan inconsiderada que pagamos, porque al fin, nosotros, bien que por nuestro jornal trabajamos en su hacienda y tenemos digámoslo así, derecho para considerarnos más acreedores á un beneficio que cualquiera otro; creemos asimismo que muy poco será, no el perjuicio, sino la utilidad que vd. deje de tener perdonando la renta, y nos hará vd. un bien que por siempre agradeceremos, no sólo nosotros, sino nuestros hijos, nuestras mujeres y las de aquellos, y todos, todos, colmarán á vd. y á todos sus descendientes de bendiciones y de gracias cordiales, que dándolas como protestamos, dándolas de todo corazón, subirán al cielo y ahí tendrá vd. y su posteridad el premio que Dios ha dispuesto para los misericordiosos y para los que consuelan aquí á los infelices y desgraciados y á los que como nosotros tenemos hambre.—Dios, pues, iluminando á vd. le abra el corazón y lo haga ceder á la súplica que en ésta le hacemos los hijos de »¹

SISTEMA FÍSICO Y MORAL DE LOS INDIOS.

La descripción del sistema físico y moral de los indios merece un párrafo especial, ya por las disputas que sobre esto se han suscitado, ya porque conociendo bien las facultades del hombre indígena podremos calcular la dificultad ó probabilidad que presenta el civilizarle.

¿El indio es rudo, por naturaleza, é incapaz de adquirir instrucción? Ninguno de los que le han observado de cerca lo cree así.

Gerónimo López en su «Carta al emperador» decía que era grande la habilidad de los indios para aprender todo lo que les enseñaban los frailes.»²

Motolinia dice: «El que enseña al hombre la ciencia, ese mismo proveyó y dió á estos indios naturales grande ingenio y habilidad para aprender todas las ciencias, artes y oficios que les han enseñado, porque con todo han salido en

¹ Debemos añadir que el propietario á quien fué dirigida esta carta consintió en perdonar á los indios la renta del terreno que habían invadido, con tal de que reconociesen simplemente que pertenecía á la hacienda.

² Op. cit., pág. 148.

tan breve tiempo, que en viendo los oficios que en Castilla están muchos años en los aprender, acá en sólo mirarlos y verlos hacer, han quedado muchos maestros. Tienen el entendimiento vivo, recogido y sosegado, no orgulloso ni derramado como otras naciones.»¹

El P. Bolonia asienta: «Nosotros hacemos estudiar á los niños porque tienen bastante memoria y capacidad.»²

D. Antonio de Mendoza en una carta al rey escribía: «He recibido una carta de V. M. fechada en Valladolid el 3 de Septiembre de 1536, en la cual me dice que el obispo de México había escrito á V. M. que habiendo querido saber si los niños de los naturales tenían inteligencia, había examinado á aquellos que se encuentran en los conventos con el objeto de estudiar, y que había hallado muchos de grande habilidad en la lengua latina y otras ciencias, y que habiéndolo puesto en conocimiento de la audiencia de esta ciudad, ésta había resuelto establecer en la parroquia de Santiago un colegio para los indios.»³

Zurita dice: «Sin razón se ha acusado á los indios de faltos de inteligencia y de ser ingratos... Están dotados de mucha inteligencia, comprenden perfectamente los mensajes de que se les encarga, etc.»

En fin, Clavijero observó «que las almas de los indios son radicalmente y en todo semejantes á las de los otros hijos de Adam, y dotados de las mismas facultades; y nunca los europeos emplearon más desacertadamente su razón, que cuando dudaron de la racionalidad de los americanos. El estado de cultura en que los españoles hallaron á los mexicanos, fué muy superior á aquel en que los fenicios hallaron á los españoles, los griegos á los galos, y los romanos á los germanos y britanos. Esta comparación bastaría á destruir semejante idea, si no se hubiese empeñado en sostenerla la inhumana codicia de algunos malvados. Su ingenio es capaz de todas las ciencias, como la experiencia lo ha demostrado. Entre los pocos mexicanos que se han dedicado al estudio de las letras, por estar el resto de la nación empleada en los trabajos públicos y privados, se han visto buenos geómetras, excelentes arquitectos y doctos teólogos.»⁴

¹ Colección de Documentos publicados por García Icazbalceta, tomo 1º, página 209.

² En Ternaux, tom. 10, pág. 216.

³ En Ternaux, tom. 16 pág. 265.

⁴ Clavijero. Op. cit.

Si acaso es cierto que la capacidad intelectual del hombre puede medirse por la extensión del ángulo facial, como quiere el holandés Camper, resulta que el examen hecho de algunos cráneos mexicanos es favorable á los indios, pues tienen un ángulo de 72, 76, 78 y aun 80°. ¹ Esta última medida es la que corresponde á las cabezas de la raza más inteligente, la europea: los negros apenas miden cosa de 70°. ²

Pero, sobre todo, las personas que vivimos en México vemos diariamente que cuantos indios se separan de su raza, frecuentan los colegios, y se educan como los blancos, manifiestan estar dotados de buena comprensión, y así es que hemos tenido indios distinguidos, que han desempeñado perfectamente bien diferentes cargos en el sacerdocio, la magistratura, la milicia, etc.

Sin embargo, parece que los indios tienen poca imaginación, aunque Clavijero opina de otro modo. ³ «Cuando un indio, dice Humboldt, llega á un cierto grado de cultura, manifiesta una gran facilidad para aprender, un juicio exacto, una lógica natural, una particular inclinación á sutilizar, ó á pararse en las más exquisitas diferencias entre los objetos que compara; raciocina friamente y con orden, pero no manifiesta esta vivacidad de imaginación, este colorido de pasión, este arte de crear y producir, que caracteriza los pueblos del Mediodía, de la Europa y de varias tribus de negros africanos. Sin embargo, no apunto esta opinión sino con timidez; es preciso ser circunspecto en extremo cuando se trata de decidir acerca de lo que se llaman disposiciones morales ó intelectuales de los pueblos que están separados de nosotros, por los millares de estorbos que nacen de la diferencia de idiomas, hábitos y costumbres.»⁴

En cuanto á su carácter, el indio es grave, taciturno y melancólico, aun en sus fiestas y diversiones; flemático, frío en sus pasiones y lento en sus trabajos; pero esto hace que lleve á la perfección toda obra que requiera mucha paciencia. El indio es sufrido y resignado; y aunque se le ha negado que sea agradecido, la experiencia demuestra lo

¹ Morton. *Crania americana*, pág. 152 y siguientes.

² Edwards. *Zoologie*, pág. 261.

³ Historia antigua de México.

⁴ Ensayo político sobre Nueva España, tom. 1º, pág. 183.

contrario, como dice un buen observador.¹ El maltrato que los indios han sufrido siempre, los ha hecho serviles, desconfiados, hipócritas, tímidos, mentirosos y aun pérfidos. Generalmente hablando, no conocen la avaricia, y por el contrario, son pródigos, gastan cuanto tienen, viven con el día, y el porvenir jamás los inquieta. En fin, todo da á conocer que el indio es egoísta: en medio de su flemma y de su apatía general le vemos salir de ellas cuando se trata de sus intereses particulares, de su pueblo, de su habitación ó de sus terrenos: por lo demás, para el indio no hay patria, gobierno ni instituciones, todo lo ve con indiferencia. En resumen, el indio sólo tiene las virtudes propias de la resignación, resultado natural de los tristes acontecimientos que le han educado.

Respecto á su constitución física, no tendremos más que decir, sino copiar lo que ha dicho el juicioso Clavijero. «Los mexicanos tienen una estatura regular, de la que se apartan más bien por exceso que por defecto, y sus miembros son de una justa proporción; buena carnadura, frente estrecha, ojos negros, dientes iguales, firmes, blancos y limpios, cabellos tupidos, negros, gruesos y lisos, barba escasa y por lo común poco vello en las piernas, en los muslos y en los brazos. Su piel es de color aceitunada. No se hallará quizás una nación en la tierra en que sean más raros que en la mexicana los individuos deformes. Es más difícil hallar un jorobado, un estropeado, un tuerto, entre mil mexicanos, que entre cien individuos de otra nación. Lo desagradable de su color, la estrechez de su frente, la escasez de su barba, y lo grueso de sus cabellos están equilibrados de tal modo con la regularidad y la proporción de sus miembros, que están en un justo medio entre la fealdad y la hermosura. Su aspecto no agrada ni ofende; pero entre las jóvenes mexicanas se hallan algunas blancas, y bastante lindas, dando mayor realce á su belleza la suavidad de su habla, y de sus modales, y la natural modestia de sus semblantes.—Sus sentidos son muy vivos, particularmente el de la vista que conservan inalterable hasta la extrema vejez. Su complexión es sana, y robusta su salud. Están exentos de muchas enfermedades, que son frecuentes en-

¹ Clavijero. Op. cit.

tre los españoles; pero son las principales víctimas de las enfermedades epidémicas, á que de cuando en cuando está sujeto aquel país. En ellos empiezan, y en ellos terminan. Jamás se exhala de la boca de un mexicano aquella fetidez que suele ocasionar la corrupción de los humores, ó la indigestión de los alimentos. Son de temperamento flemático, pero poco expuestos á las evacuaciones pituitosas de la cabeza, y así es que raras veces escupen. Encanecen y se ponen calvos más tarde que los españoles, y no son raros entre ellos los que llegan á la edad de cien años. Los otros mueren casi siempre de enfermedades agudas.»¹

Los indios se parecen mucho entre sí, y esta es circunstancia que todos han observado, Humboldt explica la causa de ese fenómeno con las siguientes palabras: «La cultura del entendimiento es lo que más contribuye á diversificar los lineamentos del rostro. Entre los pueblos bárbaros más bien se encuentra una fisonomía común de tribu ó de auar, que una propia de cual ó tal individuo. Comparando los animales domésticos con los de nuestros bosques, se puede hacer la misma observación. Pero téngase además presente que el europeo, al formar juicio de la grande semejanza de las castas de piel muy atezada, está expuesto á la ilusión que le es peculiar; porque se halla sorprendido á la vista de un colorido tan diferente del nuestro, y la uniformidad de aquel color desvanece por mucho tiempo á sus ojos la diferencia de las facciones individuales. El colono nuevo distingue con dificultad á los indígenas unos de otro, porque sus ojos atienden menos á la expresión dulce, melancólica, ó feroz del rostro, que al color de un rojo cobre, al pelo negro, lustroso, basto, y de tal manera liso, que parece que está siempre mojado.»²

MALES QUE RESULTAN AL PAÍS DE LA SITUACIÓN ACTUAL DE LOS INDIOS.

Mientras que los naturales guarden el estado que hoy tienen, México no puede aspirar al rango de *nación*, propiamente dicha. Nación, es una reunión de hombres que profesan creencias comunes, que están dominados por una mis-

¹ Historia antigua de México, tom. 1º, pág. 72 y 73.

² Ensayo político sobre Nueva España, tom. 1º, pág. 156.

ma idea, y que tienden á un mismo fin. «Donde las costumbres, los usos, el interés y el lenguaje difieren, dice un escritor, no puede haber ni unión, ni fuerza ni patria; y una nación compuesta de pueblos diferentes, sería en cierta manera extranjera por sí misma.»¹ No es posible obedecer por mucho tiempo á un mismo gobierno y vivir bajo la misma ley, si no hay homogeneidad, analogía, entre los habitantes de un país. Y ¿qué analogía existe en México entre el blanco y el indio?

El primero habla castellano y francés; el segundo tiene más de cien idiomas diferentes en que dá á conocer sus ideas. El blanco es católico, ó indiferente; el indio es idólatra. El blanco es propietario; el indio proletario. El blanco es rico; el indio, pobre, miserable. Los descendientes de los españoles están al alcance de todos los conocimientos del siglo, y de todos los descubrimientos científicos; el indio todo lo ignora. El blanco viste conforme á los figurines de París y usa las más ricas telas; el indio anda casi desnudo. El blanco vive en las ciudades en magníficas casas; el indio está aislado en los campos, y su habitación son miserables chozas. Este es el contraste que presenta México: icon razón dijo Humboldt que era el país de la desigualdad! Hay dos pueblos diferentes en el mismo terreno; pero lo que es peor, dos pueblos hasta cierto punto enemigos. De aquí estas palabras que suelen escaparse aun á los hombres menos reflexivos, *¡la guerra de castas!* Xichú, Yucatán, han dado ya muestras de lo que puede ser la guerra de castas; pero sobre todas las haciendas del norte, los Departamentos fronterizos. Esos indios tan humildes y tan tímidos, se vuelven feroces contra los blancos, no dan cuartel á nadie; en lo moral como en lo físico, la reacción es igual á la acción. Es verdad que la guerra de castas sería, como ha sido siempre, favorable á los blancos; pero no por eso dejaría de traer todos los males consiguientes.

Por otra parte, mientras que los indios estén embrutecidos y degradados, mientras no tengan necesidades físicas y morales, ideas de patria, honor y deber, ¿será posible que formemos un verdadero pueblo? Es imposible que entre nosotros haya espíritu público, que todos los ciudadanos

¹ *Friot*. Science du publiciste.

tomen parte en la formación de un buen gobierno, que tengamos un ejército pundonoroso y entusiasta para defender el país de sus enemigos. Para que una nación sea fuerte y respetada de las otras, es preciso que esté animada del espíritu nacional que conduce á sus miembros á subordinar su interés personal al general. Solón decía que la ciudad más feliz, le parecía aquella donde los ciudadanos estaban tan unidos, que los que no habían sido ultrajados, sentían con la misma fuerza las injurias que aquéllos que las habían recibido.¹ Pero ¿no estamos palpando los resultados de nuestra situación, cuando vemos que ha sido necesario un ejército extranjero que nos venga á poner en paz?

¿A qué fin pensamos tanto en mejorar las cosas cuando no hay personas? Queremos caminos de fierro, y la mayor parte de nuestra población no sabe andar más que á pie; queremos telégrafo, y el indio ve su aparato como cosa de nigromancia; queremos introducir el gas en nuestras ciudades, y casi todos nuestros compatriotas se alumbran con *ocote*;² queremos extender nuestro comercio y no hay consumidores. Con razón un extranjero ilustrado que visitó á México hace pocos años decía: «Con la mejora del estado y carácter de los indios progresará México; pero mientras que esto se verifica, sus más apasionados admiradores poca esperanza deben tener de su adelanto y aún de su existencia como nación.»³

Es, pues, tiempo de pensar seriamente en la raza indígena de México, de proponer algo para remediarla.

REMEDIOS.

Hemos llegado al fin de nuestro trabajo: vamos á indicar los remedios que, en nuestro concepto, necesita la raza indígena de México, deducidos naturalmente de las causas que han ocasionado su degradación.

El indio ha carecido de una religión ilustrada, y en consecuencia de moral, de ese elemento tan necesario para el bienestar de las naciones. Debe, pues, comenzarse porque

¹ *Plutarco*. Vida de Solón.

² Madera resinosa.

³ *Brantz Mayer*. México as it was and as it is. (Pág. 202).